

## Origen humano de Cristo: María, virginal madre de Dios

1. El Hijo de Dios pudo unirse a una naturaleza humana de muchas maneras. Pero lo hizo entrando en la historia humana como miembro de la cadena de las generaciones; tomó la naturaleza humana de una mujer terrestre. *María es madre de Cristo en sentido verdadero y propio. Por tanto, es en sentido verdadero y propio madre de Dios.* Dogma de fe: Concilio de Efeso del año 431 (D. 113); Concilio de Calcedonia (451) (D. 148); Segundo y Tercer Concilio de Constantinopla—553 y 680/81—(D. 218 y 290).

2. a) En la *Escritura* se describe en frases concisas la concepción y nacimiento de Jesús, Hijo de Dios: “En el sexto mes fué enviado el ángel Gabriel, de parte de Dios, a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Entrando a ella le dijo: “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.” Ella se turbó al oír estas palabras y discurría qué podría significar aquella salutación. El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin.”

Dijo María al ángel: “¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?” El ángel le contestó y dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril, porque para Dios nada hay imposible.” Dijo María: “He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra” (*Lc.* 1, 26-38).

Así, pues, ocurrió que “estando desposada María, su madre, con José, antes que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados” (*Mt.* 1, 18-21). Cuando José, con ocasión del censo ordenado por el emperador, marchó a Belén con María, su esposa, se cumplieron los días de la concepción: “y dió a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón” (*Lc.* 2, 7).

María es, pues, madre del Señor de los hombres (*Lc.* 1, 43). Todos los contemporáneos y conocidos sabían que María era madre de Cristo (*Mc.* 6, 3). Así está escrito en los planes eternos de Dios: su Hijo debía nacer en la plenitud de los tiempos de una madre terrenal (*Gal.* 4, 4), que descendiera según la carne de la estirpe de David (*Rom.* 1, 1-3).

b) En ninguna parte se dice que Jesús diera a María el nombre de madre. Cuando en las bodas de Caná ella le hizo caer en la cuenta del apuro de los de la casa, porque se les había terminado el vino, El la contestó estas secas y frías palabras: "Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? No es aún llegada mi hora" (Io. 2, 4). La expresión "mujer" no es despectiva, pero ninguna interpretación puede pasar por alto que Cristo no usa el nombre familiar de madre esperado por el lector y que su respuesta es una renuncia al nombre decisivo. Cristo quería decir que la determinante de su actividad mesiánica no es la voluntad de su madre, sino exclusivamente la del Padre celestial. Su madre ni puede determinar ni influir sobre el momento en que ha de llegar su hora. Si Cristo hizo entonces el milagro no es por obediencia al ruego de su madre, sino por disposición del Padre celestial (cfr. el párrafo siguiente).

Otro encuentro de Cristo con su madre es relatado por los sinópticos (Mc. 3, 31-35; Mt. 12, 46-50; Lc. 8, 19-21). Jesús está en el patio de una casa: "Vinieron su madre y sus hermanos y desde fuera le mandaron a llamar. Estaba la muchedumbre sentada en torno de El, y le dijeron: "Ahí fuera están tu madre y tus hermanos, que te buscan." El les respondió: "¿Quién es mi madre y mis hermanos?" Y echando una mirada sobre los que estaban sentados en derredor suyo, dijo: "He aquí mi madre y mis hermanos." También aquí oímos en las palabras de Jesús una extraña queja respecto a su madre. ¿Cómo puede preguntar quién es su madre y quiénes son sus hermanos? Sólo si las condiciones en que está son distintas del plano natural. Madre para El no quiere decir la que le dió a luz, ni hermanos los hijos de la misma madre; sino los que están sentados en torno de El, que están unidos a El por lazos, no de sangre, sino por los del cumplimiento de la voluntad de Dios; de aquí nace una nueva comunidad que se forma alrededor de su Persona. Está ya formado por los que están sentados en torno suyo. Quien le oye es su hermano y su hermana. Cristo quiere abrir en sus oyentes, pegados a lo carnal y siempre inclinados a invocar su descendencia de Abraham—con lo que no pueden llegar a la fe—un nuevo sentido para una comunidad superior fundada por Dios y basada y consistente en el Espíritu Santo.

Cuando Jesús, en la hora de su muerte, al confiar su madre al discípulo amado, renuncia otra vez a la familiar palabra de "madre", usando la más fría de "mujer", ocurre una vez más, para hacer entender que el que muere es el hijo del hombre, el Salva-

dor del mundo enviado por Dios a esta hora de tormento y muerte (Io. 19, 26).

Las palabras reseñadas por San Lucas (11, 27-28) demuestran hasta qué punto está Cristo unido y próximo a su madre, a pesar de tales expresiones, que parecen abrir cada vez un abismo entre El y ella. Cristo está en medio de la muchedumbre. De repente grita una mujer: "Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamaste." Entonces Cristo ratifica esa alabanza y a la vez la razón más profunda de la gloria y grandeza de su madre: "Ciertamente, dichosos aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen" (R. Guardini).

Aunque en la Escritura tampoco se encuentra por ninguna parte la expresión "madre de Dios", su verdad se funda, sin embargo, en la Escritura, y en ella se atestigua el contenido correspondiente a tal expresión. El Yo de la naturaleza humana, que desciende de María como de su fuente materna, es el Verbo divino, el Hijo de Dios (cfr. la doctrina de la comunión de idiomas, en el § 146). La expresión "madre de Dios" proviene de la escuela teológica alejandrina, quizá de Orígenes. En todo caso, él usa ya tal expresión y es completamente familiar para San Atanasio.

3. Por descender de una madre terrenal, está Cristo en la cadena de las generaciones humanas. Pero no está del todo dentro de ella, sino a la vez levantado sobre ellas, por no tener padre humano. La concepción y nacimiento de Cristo fueron *virginales*. *María fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto*. En la formación de la naturaleza humana de Cristo no tomó parte acto alguno de varón. La omnipotencia creadora de Dios lo suplió. Por virtud y fuerza del Espíritu Santo contribuyó María al hacerse de su Hijo, como cualquier otra madre contribuye en la formación del suyo. El "Espíritu Santo", del que habla la Escritura en la narración del nacimiento virginal, debe ser entendido como la fuerza o virtud de Dios Altísimo. La Escritura no atestigua expresamente que la concepción fuera realizada por la tercera Persona divina. Sin embargo, la Encarnación, que es una obra de amor del Dios Trino (*Apropiación*, cfr. § 51), es atribuída a la tercera Persona porque el Espíritu Santo es la revelación y actuación del amor intradivino del Padre y del Hijo. El amor divino configura la naturaleza humana de Cristo.

4. La virginidad exige integridad del cuerpo, libertad de pecados contra la castidad y de movimientos desordenados, es decir, de

la concupiscencia que, naciendo de la razón, la domina. La proposición de fe, referente en primer lugar a la incolumidad del cuerpo, fundamento y expresión de la del alma, dice que *María concibió sin intervención de principio masculino por virtud del Espíritu Santo y dió a luz sin daño de la integridad corporal; después del nacimiento de Cristo estuvo alejada de cualquier unión carnal con varón y, por tanto, no tuvo más hijos.*

En la profesión de fe apostólica, el creyente confiesa de Cristo: "Concebido por obra del Espíritu Santo y nacido de María Virgen" (cfr. también el Concilio de Letrán del año 649 (D 225); así como el XI Sínodo de Toledo del año 675 (D. 282); la condenación de los errores socinianos por Paulo IV en el año 1555 (D. 993) y por Clemente VIII en el año 1603).

a) En la Escritura, la concepción y nacimiento virginales de Cristo están atestiguados en *Lc. 1, 26-38*, y *Mt. 1, 18-25*. Antes citamos a San Lucas. El texto de San Mateo dice: "La concepción de Jesucristo fué así: Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: "José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús porque salvará a su pueblo de sus pecados." Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta, que dice: "He aquí que la virgen concebirá y parirá un hijo. Y le pondrán por nombre Emmanuel." Que quiere decir: "Dios con nosotros." Al despertar José de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibiendo en casa a su esposa. No la conoció hasta que dió a luz un hijo, y le puso por nombre "Jesús" Los dos textos certifican que José no fué verdadero padre de Jesús y que Jesús fué concebido por María por obra del Espíritu Santo. San Mateo cita, además, la promesa del nacimiento virginal: *Is. 7, 14*. En Isaías, la madre del Emmanuel está caracterizada con la palabra hebrea *alma*, que significa muchacha capaz de matrimonio, pero todavía intacta y no casada ("maid"); nunca significa mujer casada. Sólo si "alma" significa virgen se entiende que el nacimiento profetizado pueda ser una señal o símbolo; que es

lo que Dios quiere dar por boca del profeta (cfr. los *Comentarios* de Joh. Fischer, Frz. Feldmann, E. Valt y Jos. Ziegler).

Los textos que se refieren a la concepción virginal son partes esenciales de ambos Evangelios. Tanto la crítica textual como el contexto impiden explicarlos como interpolaciones posteriores. Están atestiguados de la mejor manera posible, y la indicación del ángel sobre la milagrosa concepción de Isabel, que debe ser una señal para María, tiene pleno sentido, ya que también su concepción es milagrosa. Aunque la concepción de María es completamente distinta de la de Isabel, ambas tienen de común el ser algo desacostumbrado. La anunciación del carácter extraordinario de la concepción de María, que es justamente virginal, se entiende, pues, en el contexto. Del hecho de que la concepción virginal de María sólo se testifica en San Mateo y en San Lucas y no en los otros dos Evangelios ni en San Pablo, no puede deducirse que sea un texto ajeno al NT, pues los contenidos más importantes del testimonio neotestamentario de Cristo—filiación divina, dignidad mesiánica, muerte redentora—no están indisolublemente unidos al nacimiento virginal ni dependen necesariamente de él; por eso no hay que extrañarse de que no hablen de ello todos los testigos del NT.

La concepción virginal del Mesías estaba preparada y preanunciada en el nacimiento milagroso de Isaac, de José, de Simón, de Samuel, de Juan Bautista y de otros; está, por tanto, dentro del gran contexto de la Historia Sagrada, pero es único y especial. San Mateo y San Lucas no lo cuentan por propio gusto; más bien quieren indicar que se han cumplido los signos mesiánicos prometidos por Dios (*Is.* 7, 14).

Tampoco contradice a su nacimiento virginal el hecho de que la gente y los habitantes de Nazaret tuvieran por hijo de José a Jesús (*Mt.* 13, 55; *Lc.* 3, 23; 4, 22; *Jo.* 1, 45; 6, 42). Justamente, San Mateo y San Lucas transmiten también la opinión popular, lo que es signo de que no veían en ella una objeción contra el nacimiento virginal narrado por ellos. Tal opinión popular es (evidentemente) un error. También las dos genealogías de Jesús (*Mt.* 1, 1-17; *Lc.* 3, 23-38) son genealogías de José; aunque, según la interpretación de la teología liberal, sólo tienen sentido si por Jesús corre, a través de José, la sangre de los antepasados enumerados; en realidad, no es necesario que José sea realmente padre de Jesús. Tanto Mateo como Lucas—justamente los dos autores de las genealogías—explican, al citar la genealogía, que José es

sólo padre putativo de Jesús. Eso quiere decir que para los autores, la genealogía tiene sentido, aunque José no sea más que padre legal de Jesús; en efecto, según el derecho judío, los antepasados de José son también antepasados de Jesús, porque José es legalmente su padre. Y esto tiene perfecto sentido, ya que según las antiguas promesas, el Mesías debía ser un vástago de la progenie de David y heredero de su padre David (cfr. *Lc.* 1, 32). A través de José y sólo a través de él (no a través de su madre, sino a través de su matrimonio con José) recibió Jesús este derecho hereditario, de forma que las esperanzas mesiánicas del AT, orientadas a un vástago de David, podían así aplicarse a Cristo (cf. J. Schmid, *Kommentar zu Mt.*, 1, 17, y del mismo autor: *Kommentar zu Lk.*, 3, 23-38).

Estas reflexiones demuestran que la negación del nacimiento virginal de Cristo por la exégesis liberal, no tiene motivos bíblicos científicos, sino que se funda en convicciones filosóficas y de concepción del mundo que no toleran intervenciones milagrosas de Dios. Generalmente, van de la mano la negación de la filiación divina de Cristo y la de su nacimiento virginal.

Lo mismo que la negación del nacimiento virginal de Cristo no se demuestra por razones exegéticas, tampoco se han logrado los esfuerzos de la exégesis liberal para demostrar que el origen de la fe en ese nacimiento virginal son ciertas fuentes extrabíblicas. Algunos opinan que nacieron en suelo de Palestina y en los círculos judeocristianos, bajo el influjo de Isaías, 7, 14. Esta explicación choca con algo importante: *Is.* 7, 14, no fué entendido en la época precristiana como que hablara de un nacimiento virginal. Tal pensamiento es completamente ajeno al judaísmo. En realidad, tampoco San Mateo demuestra el nacimiento virginal de Cristo por el texto de Isaías, sino que desde el hecho de tal nacimiento se refiere al cumplimiento de la profecía de Isaías. El verdadero sentido del texto de Isaías es reconocido al ocurrir el hecho de la concepción virginal de Jesús. El hecho de que la fe cristiana en el nacimiento virginal de Cristo fuera combatida largo tiempo por los judíos, demuestra cuán nueva e inaudita era para ellos tal interpretación del texto de Isaías, y, por tanto, cuán infundado es decir que tal fe nació en el ámbito del judaísmo (cfr. St. Löscher, *Deitas Jesu und antike Apotheose*, 1933, 81-83; y B. Bartmann, *Judentum und Christentum*, 1939).

Otros representantes de la crítica liberal intentan deducir la doctrina neotestamentaria del nacimiento virginal de Cristo de re-

presentaciones paganas, de las mitologías babilónicas, egipcias, persas o griegas (cfr. el niño divino de la Cuarta Egloga de Virgilio), dando una explicación religioso-histórica. La historia de las religiones ha encontrado realmente un gran número de fábulas en que se habla de "nupcias sagradas", de la unión de un dios con una mujer humana. Por ejemplo, de Zeus hay varias narraciones de ese estilo. Muchas veces ciertos hombres significativos, como Platón, Alejandro Magno, Augusto..., fueron llamados hijos de madre humana y de padre celeste ("hijos de Dios", "hombres divinos"). La exégesis liberal opina, según esto, que ciertos cristianos educados en el helenismo y provenientes del paganismo atribuyeron a Cristo origen divino del mismo modo que las susodichas fábulas.

Este punto de vista es insostenible. Las diferencias entre los mitos paganos y la fe cristiana son fundamentales.

La primera consiste en que nadie creyó seriamente los mitos paganos, mientras que el nacimiento virginal de Cristo está referido y fijado como acontecimiento histórico. Los mitos paganos del origen divino del emperador eran la expresión del servilismo de las provincias orientales y de la adulación de los retóricos cortesanos. Si los cristianos hubieran copiado del paganismo el nacimiento virginal de Cristo, sería completamente incomprensible cómo llegaron a creer que en Cristo era histórico lo que siempre tuvieron por mito y saga respecto a los hijos de Dios paganos.

La segunda diferencia infranqueable es la representación de Dios. En el mito pagano, la unión de Dios con una mujer terrena es siempre carnal y sexual; el dios se acerca a la mujer como hombre, o como lluvia de oro, o como viento, o como otra figura cualquiera..., eso es indiferente. Este rasgo falta completamente en el testimonio bíblico de la concepción y nacimiento de Cristo. Según la doctrina de la Escritura, Dios está del todo elevado sobre cualquier sexualidad: es espíritu puro (cfr. §§ 65 y 68). La expresión bíblica que dice el Espíritu Santo "cubrió con su sombra" a María, no puede entenderse como una metáfora o circunloquio para expresar la unión carnal. No significa más que el poder de Dios, existente más allá de toda sexualidad, se estableció en María, que el poder creador de Dios realizó la concepción.

También las míticas madres de dioses se distinguen esencialmente de la Madre de Dios del NT. Las primeras viven en sofocante sensualidad; tampoco son conocidas y llamadas vírgenes. Si Afrodita e Istar son llamadas así a veces, se debe a que no son esposas de un solo dios, sino que están a disposición de todos



para las "sagradas nupcias". María, al contrario, vive y está en intacta y luminosa pureza. La narración bíblica no puede, pues, tener origen en los mitos paganos. Sin embargo, en las sagas paganas se adivina un presentimiento, un sueño de la realidad. Sólo es capaz de creer en la realidad de la concepción virginal quien tiene por posible una intromisión del Dios personal en la Historia. El "sí" o "no" al nacimiento virginal se mantiene o falta con el "sí" o "no" al Dios personal, que domina la Historia (cfr. J. Schmid, *Das Evangelium nach Lukas*, 1940, cap. *Die junfrauliche Geburt Jesus*, 37-42; K. Prümm, *Der christliche Glaube und die altheidnische Welt*, 1935; B. Bartmann, *Dogma und Religionsgeschichte*, 1922).

b) En la *Patrística* se confiesa muchas veces la maternidad virginal de María en relación con la fe en Cristo.

*Justino* dice en su "Diálogo con Trifón": "Cristo es el Hijo de Dios..., que nació de la virgen como hombre, a fin de que por el mismo camino que tuvo principio la desobediencia de la serpiente, por ése también fuera destruída. Porque Eva, cuando aún era virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra que le dijo la serpiente, dió a luz la desobediencia y la muerte; mas la Virgen María concibió la fe y la alegría, cuando el ángel Gabriel le dió la buena noticia de que el Espíritu Santo vendría sobre ella y la fuerza del Altísimo la sombrearía, por lo cual lo nacido en ella, santo, sería el Hijo de Dios; a lo que respondió ella: *Hágase en mí según tu palabra...* Así, de la Virgen nació Aquél, por quien Dios destruye la serpiente y a los ángeles y a los hombres que a ella se asemejan, y libra de la muerte a quienes se arrepientan de sus malas obras y creen en El."

*San Irineo* añade: "Así como por la desobediencia de una virgen el hombre cayó, pecó y murió, por medio de otra virgen, que obedeció la palabra de Dios, recuperó la vida. Pues el Señor vino a buscar la oveja perdida y perdido estaba el hombre. Dios no creó una criatura nueva, sino que conservó justamente la que era de la progenie de Adán. Era justo y necesario que Adán resurgiera en Cristo, que lo mortal fuera vencido y asumido por lo inmortal y que Eva resurgiera en María para que la virgen se hiciera intercesora de la virgen y la desobediencia de una fuera superada y negada por la obediencia de la otra."

*San Cirilo de Alejandría* (*Carta primera a los monjes*): "Me he extrañado mucho que algunos duden de si la Santa Virgen debe

ser llamada madre de Dios o no. Si Nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿cómo la Santa Virgen, que le dió a luz, no va a ser madre de Dios?

"Pero quizá digas: ¿entonces la Virgen fué madre de la Divinidad? A lo que respondo: sin duda que el Verbo encarnado y vivo fué engendrado por la esencia de Dios Padre; existe sin principio en el tiempo; existe siempre juntamente con el Padre: está en El y con El como pensamiento suyo. Pero en los últimos tiempos, al hacerse carne, es decir, al apropiarse un cuerpo dotado de alma racional, nació también de una mujer según la carne."

San Jerónimo (*Contra Helvidio*, 19): "Creemos que Dios nació de la Virgen, pues así lo hemos leído; pero no creemos que María se casara después del nacimiento, pues no lo hemos leído. Y no decimos esto por condenar el matrimonio; la misma virginidad es fruto del matrimonio."

San Agustín (*Sermón* 186, 1.<sup>a</sup> parte): "¡Alegrémonos, hermanos! Los pueblos deben estar jubilosos y contentos. En este día (Natividad) nos ha dado la salud, no este sol visible, sino su invisible creador, pues la Madre Virgen, que fué creada por El, el Invisible, ha dado a luz pura y virginalmente al que se hizo visible por nosotros. Siendo Virgen ha concebido, siendo Virgen ha dado a luz, siendo Virgen ha llevado en su seno al hijo... Virgen para siempre. ¿Por qué te admiras de esto, hombre? Dios tenía que ser dado a luz tal como creyera digno para hacerse hombre. Y así, fué hecho hombre por aquel que había sido hecho hombre por El... El formó a su madre, pues estaba con el Padre, estaba también con El cuando era formado por su madre. ¿Cómo iba a dejar de ser Dios al hacerse hombre quien concedió a su madre no dejar de ser virgen al darle a luz?" En su *Tratado Sobre la Virginitad* dice: "La virginidad (de María) fué más amable porque Cristo no apartó a la hora de su concepción al varón, que le haría perder su virginidad, sino por escoger a la que estaba consagrada a Dios ya antes de concebir a Cristo. Esto se hace patente en las palabras que María dice al ángel cuando la Anunciación: "¿Cómo puede ocurrir eso, si no conozco varón?" No hubiera dicho esto si no hubiera estado consagrada ya a Dios como virgen. Pero como esto contradecía completamente las costumbres de los israelitas, se había desposado con un varón justo..., que debía proteger lo que ella había consagrado... Para ejemplo de las santas vírgenes..., ella ya había consagrado a Dios la virginidad antes de saber que debía concebir. Así se realizó el modelo de vida celes-

tial en un cuerpo terreno y mortal por libre ofrecimiento y no por mandato... Cristo quiso, pues, que la virginidad fuera libremente querida por aquella mujer de quien había de tomar El forma de siervo. El alumbramiento de una virgen debía ser el orgullo de todas las vírgenes. También ellas son con María madres de Cristo si cumplen la voluntad del Padre..., según aquello de que "quien cumple la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi madre y mis hermanos" (Mt. 12, 50). Sólo aquella mujer es madre y virgen según el espíritu y según el cuerpo. Según el espíritu, no es madre de nuestra Cabeza, es decir, del Salvador; sino que, según el espíritu, ella nació de El; pues todos los que creen en El—y ella pertenece a los creyentes—con razón se llamarán hijos del Prometido (Mt. 9, 15). Pero (según el espíritu) ella es, sin duda, madre de sus miembros, es decir, madre nuestra; pues cooperó con su amor a que los creyentes, que son miembros de aquella Cabeza, nacieran en la Iglesia. Según el cuerpo, es madre de la Cabeza misma. Nuestra cabeza debía ser dada a luz según la carne, por una virgen, para demostrar así que sus miembros debían ser dados a luz según el espíritu por una virgen, la Iglesia. Así, pues, sólo María es madre y virgen según el cuerpo y según el espíritu: madre de Cristo y Virgen de Cristo; la Iglesia, en los santos que poseerán el reino de Cristo, es madre de Cristo y virgen de Cristo según el espíritu, pero según el cuerpo tan sólo en algunas vírgenes de Cristo."

c) No nos incumbe a nosotros conocer *la esencia de la integridad corporal*, de la que habla la Revelación. Por ser un don de la Revelación, participa del misterio que es toda la Revelación. En este misterio brilla el poder de Dios con nuevo esplendor. Los Padres comparan el alumbramiento virginal de Cristo con el paso de un rayo de sol a través de un cristal, con su salida del sepulcro sellado, con su entrada a través de las puertas cerradas, con el nacer de un pensamiento en el espíritu. Estas comparaciones sólo pueden dar la dirección en la que debemos mirar para ver el misterio del nacimiento virginal. Si se viera en ellas algo más que indicaciones, se pondría en peligro la realidad del cuerpo y del nacimiento de Cristo.

d) También es un misterio la *razón* por la que el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana de modo virginal. Dios no nos lo ha dicho; sólo podemos intentar vislumbrarla. En ningún caso fueron necesarios la concepción y alumbramiento virginales, porque el

camino normal humano-sexual fuera a ofender la dignidad del Hijo de Dios o porque un padre humano fuera a perjudicar el honor del Padre celestial; tales hipótesis sólo pudieron nacer entre los gnósticos, que creían que el matrimonio es malo y deshonesto. En la realidad, el matrimonio es una institución divina. Cristo lo instituye en la realización del misterio redentor. *En el sacramento del matrimonio se actualiza y se hace presente el misterio de la salvación.* El matrimonio es revelación de la gloria de Dios. La opinión de que un padre humano sería un perjuicio para el Padre divino, tiene fuerza convincente sólo en el ámbito de las mitologías y teogonías paganas que hablan de divinidades paternas y maternas; el dios habita con una mujer humana, como el varón. El cuerpo de Cristo, en cambio, es formado por la libre omnipotencia de Dios. El Padre celestial está más allá de toda imagen sexual. Si le llamamos Padre es porque en nuestra experiencia no hay otra palabra que pueda significar su amor creador. También podríamos llamarle madre por el cuidado protector y defensor que concede a la creación. *Que no le perjudica la paternidad humana se hace patente* en el hecho de haber obrado y asumido toda paternidad terrena en la suya y de haber obrado y comportado toda maternidad humana con la mujer.

Así, pues, no hubiera sido ningún perjuicio para Dios el hecho de que el Verbo, que en cuanto naturaleza divina tiene por Padre a Dios, tuviera un padre humano de su naturaleza humana. En realidad, Dios no escogió ese modo de encarnarse. Podemos presumir las siguientes razones:

1) La concepción virginal era un *signo de la exclusiva gratuidad* de la Redención. El hombre no puede tomar la iniciativa en eso; no puede obrar como si esperara la benevolencia y misericordia de Dios. La salvación no hay que agradecerla al espíritu de empresa y voluntad de acción de los hombres (Io. 1, 12-13). Lo que desde los hombres sale al encuentro de Dios no es más que el corazón dispuesto, los brazos abiertos que reciben y aceptan la vida divina.

2) La concepción virginal era, además, signo del *carácter único del así concebido y alumbrado*, en cuanto que pertenecía del todo a Dios y era el Mesías prometido. No nace ni surge en la historia humana, sino que es la plenitud de la historia realizada por Dios con los hombres. En El hay fuerzas y poderes sobrena-

turales que no tienen origen en la fluencia y corriente de las generaciones, sino que vienen del cielo (cfr. *Lc.* 1, 32, 35; 7, 16; 4, 34; *Mc.* 1, 24).

3) En la virginidad de la Madre de Dios está, además, *anticipado al estado definitivo* de todo hombre, que está explicado en aquellas palabras: allí “ni se casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como ángeles en los cielos” (*Mt.* 12, 25). Este estado definitivo empezará cuando termine el *ordo hominis viatoris* y comience un nuevo modo de ser. Prenuncios de este modo de ser que habrá en el futuro son los hombres que viven virginalmente. Era de sentido común que la madre en que Cristo—germen de esa nueva forma de existencia que se inaugurará al fin de los tiempos después de la destrucción del mundo—estuvo enterrado en el mundo fuera una anticipación y modelo de esa forma de vida futura.

4) También puede añadirse que en la vida virginal de María está encarnada y representada la *entrega total y sin reservas del hombre a Dios*. Esto no quiere decir que en el matrimonio no se dé una total respuesta a Dios. Pero el hombre virgen sólo cuida de Dios y de su reino (*I Cor.* 7, 32-34) y es evidentemente un consejo visible de la entrega completa a Dios. Por su existencia, es una llamada hacia El y recuerda al olvidadizo y débil hombre su eterna responsabilidad. Parece ser conveniente que María esté como signo de recuerdo al principio del tiempo en que los hombres son llamados a entregarse a Dios, en mayor medida que antes, porque El mismo respeta su libertad en mayor medida que en los primeros siglos y milenios (cfr. *Lc.* 1, 38; *Mt.* 1, 25; *Ap.* 14, 4).

e) El hecho de que Cristo desde la cruz confiara su Madre al discípulo amado (*Io.* 19, 26-27), indica que María seguirá siendo virgen *después del parto*. Está, pues, insinuado en la Escritura. El empleo repetido de las expresiones “hermanos” y “hermanas” de Jesús (*Mc.* 3, 31-35; 6, 3; *Mt.* 13, 55; *Mc.* 15, 40=*Mt.* 27, 56; *Io.* 2, 13; 7, 3-5; *Ap.* 1, 14; *I Cor.* 9, 5; *Gal.* 1, 19), no puede ser entendido literalmente sino en el sentido amplio de esas palabras: parientes próximos; está ya empleada en ese sentido en el AT (*Gen.* 13, 8; 14, 14; *Par.* 23, 22) y confirmado en la forma de hablar helenística; y es del todo comprensible porque ni en hebreo ni arameo existe la palabra equivalente a “primo”. El tipo de parentesco no debe determinarse, pues, por las palabras, sino sólo por las circuns-

tancias próximas conocidas; tales circunstancias exigen en nuestro caso la interpretación de "hermano" como "primo". Los hermanos de Jesús, Jacobo y José aparecen en San Marcos (15, 40) como hijos de otra María distinta de la madre de Jesús; según San Juan (19, 25), era mujer de Cleofás. Cuando se llama a Cristo primogénito de María (Lc. 2, 7; Mt. 1, 25) no se alude al hecho de que tuviera un segundo o tercer hijo. Sólo quiere decir que a Cristo le atañen las disposiciones legales referentes a los primogénitos, válidos incluso cuando el primogénito es unigénito. Por tanto, tampoco puede hacerse objeción alguna a la perpetua virginidad de María con los textos de San Mateo (1, 18; 1, 25). Estos textos hablan, según San Jerónimo, sólo de lo que ocurrió hasta el nacimiento de Cristo y no de lo que sucedió después.

1) *Los Padres de la Iglesia* testifican únicamente la perpetua virginidad de María (cfr. los textos aducidos antes).

2) De la pregunta que hace María al ángel—"¿cómo puede ser eso, si no conozco varón" (Lc. 1, 34)—deduce San Agustín que había hecho *voto de virginidad*; otros autores no ven en esa pregunta más que un propósito. La pregunta parece indicar que María, no sólo no ha conocido varón hasta entonces, sino que ni piensa siquiera tener relaciones sexuales con varón. Sea lo que sea—propósito o voto—, hay que decir que María fué especialmente iluminada y movida por Dios para ese voto o propósito. Su decisión de permanecer virgen sólo puede explicarse teológicamente y no psicológicamente. En el ámbito de la piedad del AT, en el que creció María, no podía nacer ninguna decisión de este estilo, ya que la ilusión de toda mujer era colaborar en la sucesión de generaciones en que había de nacer el Salvador. La infecundidad era para los hebreos una desgracia y hasta castigo de Dios. La suposición de un propósito o voto de virginidad tropieza, además, con la dificultad de que María estaba desposada con José; es decir, según las costumbres de entonces, casada (sólo que la esposa no había sido llevada aún a casa del esposo). Si se dice que María y José querían vivir como hermanos, debe explicarse que, no sólo María, sino que José había sido también iluminado especialmente por Dios sobre esa forma de vida.

Bajo el peso de estas dificultades, se intentó después otra explicación, y se creyó que, sin contradecir el texto de San Lucas, se podía dar una nueva interpretación; la situación es así: María

está desposada con José, pero todavía no ha sido llevada a su casa; no hay, pues, convivencia domiciliar ni matrimonial. María pregunta cómo va a suceder la maternidad anunciada por el ángel, porque todavía no vive en comunidad matrimonial. Según el texto de la narración bíblica, María no dice que no conocerá varón, sino que no le conoce; es decir, que no vive en comunidad matrimonial con ninguno. Tal aclaración sería en el desposorio (matrimonio) de María con José la expresión de una seria voluntad matrimonial, en el sentido de la piedad del AT. Esto no sería ofender la virginidad perpetua de María, ni ensombrecer su actitud moral o religiosa. Pues lo decisivo para eso no es otra cosa que la fuerza del amor y obediencia con que el hombre se ofrece y somete a Dios. Y en eso supera María a todos sus predecesores y seguidores. Apenas supo por el ángel que su concepción no iba a suceder en la forma que ella creía, sino que debía agradecerla a una especial intervención de Dios, se inclinó sin más palabras ni preguntas, en total ofrecimiento, a la voluntad de Dios, que la llamaba de manera tan rara y feliz. En ese momento fué llamada a la virginidad por amor de Cristo.

Frente a esta explicación está la anteriormente dada, mantenida por la autoridad teológica de San Agustín, cuyas conclusiones teológicas, a partir de las verdades reveladas, no son un testimonio de la Revelación, pero tienen un peso muy considerable. Pero, sobre todo, es válido contra el texto de San Lucas. Las palabras del ángel, se dice, parecen no contener nada respecto al momento en que María debe concebir al Mesías. Se dice: la respuesta de María sólo tiene pleno sentido si María no quiere saber nada absolutamente del trato carnal. Esta decisión supone una especial acción de Dios en su pensar y querer. El hecho de que estuviera desposada, a pesar de todo, sólo puede explicarse teniendo en cuenta que, según la voluntad de Dios, el Salvador debía nacer de distinta manera que los demás hombres, pero que, para salvar a madre e hijo de la vergüenza y murmuraciones, el hijo debía nacer en el seno de una familia. Las objeciones dichas no parecen ser convincentes (cfr. D. Haugg: *Das erste biblische Marienwort*, 1938; J. Schmid: *Das Evangelium nach Lukas*, 35 y siguientes; J. Gaechter: *Maria im Erdenleben*, 1953).

3) También está insinuada la virginidad perpetua de María de parte de *San José*. Después de los extraordinarios sucesos ocurridos a su esposa, sin duda, respetó su virginidad; contradice

a la psicología religiosa el que se hubiera comportado de otra manera. Una vez que se determinó, después de la inspiración de Dios (*Mt.* 1, 18-25), a aceptar a María como esposa, a pesar de su gravidez, debió reconocerla como propiedad de Dios, sólo confiada a sus cuidados (cfr. K. Buchheim, *Das messianische Reich*, München, 1948, 136).